

EL CAMINO DE LA UNIDAD POPULAR



alberto jerez horta

julio silva solar

SUMARIO:

I.- ¿Cuál es el conflicto interno del PDC.?

II.- Desarrollo de este conflicto.

III.- La crisis actual del conflicto no admite evasivas ni soluciones parciales. Necesidad de definiciones a fondo.

IV.- EL por que de la vía no capitalista

V.- Resumen

¿CUAL ES EL CONFLICTO INTERNO DEL P D C?

Dentro del PDC coexisten dos ideologías, una ideología de centro y una ideología de izquierda. Este es el hecho básico del cual se desprenden sus conflictos internos.

Estos han sido más agudos en los últimos años. Ello se debe, primero a la experiencia de Gobierno que llevó al Partido a entrar de lleno en el conflicto real de la sociedad chilena y no ya a enfrentarlo un poco desde fuera, a nivel doctrinario; y segundo, que en nuestro país como fuera de él se han producido en estos años importantes avances y crecimientos de las fuerzas sociales, el despertar de nuevos sectores antes pasivos o sumisos, la proletarización de buena parte de la clase media, etc., todo lo cual genera un amplio desarrollo y fortalecimiento de la voluntad de cambiar la sociedad y de la lucha de las masas.

En estas condiciones el choque de estas ideologías interiores al Partido se convierte en un problema crítico. Su coexistencia se hace cada vez más difícil. Se impone, como se ha dicho, una decantación, una definición fundamental.

Los términos del conflicto pueden resumirse así: La ideología de izquierda, en este caso, es una ideología de ruptura con el capitalismo y su inseparable aliado, el "imperialismo internacional del dinero"; quiere sustituir este régimen y para ello unir a todo el pueblo,



unir a todos los izquierdistas sin excepciones, a fin de reunir la fuerza y la decisión suficientes como para realizar, no sólo en las palabras, sino en los hechos, esta sustitución del capitalismo por una sociedad de trabajadores.

Consecuente con esto la ideología de izquierda lucha en lo inmediato por una vía no capitalista de desarrollo que termine con la estructura y el poder del capitalismo, lo cual significa expropiar la base económica en que esta estructura y este poder se asientan.

El regimen de explotación es hoy la principal traba al desarrollo.

La lucha por el desarrollo es la lucha por liberarse de la explotación, lo que para los chilenos significa liberarse de una doble explotación: la del capital imperialista —que domina, entre otras, nuestra principal riqueza nacional, el cobre—, y la de los grandes capitalistas internos, todos los cuales no representan más del cinco por ciento de la población del país y son también una ínfima minoría en el conjunto de los empresarios. Para que haya desarrollo en nuestro país lo primero que hay que hacer es que la masa de los trabajadores y de los chilenos dejen de ser explotados y de proceder como tales, liberando sus fuerzas productivas y su poder. Pero eso es incompatible con el capitalismo.

Son las encíclicas, no Marx, las que definen el capitalismo como aquel regimen en que "unos ponen el capital y otros el trabajo".

Según la doctrina del PDC tal régimen debe ser reemplazado por otro, llamado comunitario, donde los medios de producción pasan a manos de los trabajadores.

Cuando los militantes piden que esto se lleve a efecto no están pidiendo sino el cumplimiento de la doctrina del Partido. Quienes se desvían de la doctrina del Partido no son los que hacen todo lo necesario para que esto se cumpla sino

los que, por una razón u otra, dejan de hacerlo, o se oponen derechamente.

La ideología de centro, en cambio, no es una ideología de ruptura.

Es una ideología que permanece siempre dentro del capitalismo. Es la ideología del reformismo, del desarrollismo. La política que adoptan, las medidas que ponen en práctica, su propio esquema mental, corresponden al propósito de mejorar el sistema, no de suprimirlo.

Se trata de reformarlo en aquello que es más vulnerable, para defenderlo, para hacerlo más resistente a la revolución. Se trata de ampliarlo aumentando el número de propietarios, aunque sean propietarios de una parcela o un sitio porque, según se cree, el que algo posee ya no quiere la revolución.

Se trata de desarrollarlo para que pueda repartir más bienes y beneficios, para integrar al sistema a los que han quedado marginados, y aplacar de este modo el descontento popular.

Decimos que "se trata" porque en la práctica estas reformas y desarrollos logran muy pobres resultados y quedan muy lejos de los objetivos para los cuales fueron concebidas. A veces, incluso, operan como estímulo multiplicador de nuevas necesidades que el sistema es incapaz de satisfacer, agudizando el malestar y creando mayores frustraciones. Con razón los estudiantes franceses dijeron del reformismo que era utópico en su estrategia y oportunista en sus tácticas.

Pero en todo caso, con buenos o malos resultados, la estructura y el poder del capitalismo siguen reinando y creciendo. El poder del Estado sigue en manos de las fuerzas burguesas, de una u otra fracción de ellas, de uno u otro grupo del poder empresarial.

A menudo usan la imagen de la revolución para asustar a los más recalitrantes o para obtener más ayuda en dólares y en tales casos el argumento de fondo siempre es: o apoyan nuestras reformas o nadie podrá atajar la revolu-

ción. Con lo cual se definen a sí mismos.

La ideología de centro tiene diversas manifestaciones. En algunos casos adopta un carácter pragmático.

se deja la

impresión de no estar matriculado con ningún sistema, ni capitalista ni socialista. La única vía válida para ellos sería la vía de la eficiencia. Lo demás les parece un ideologismo extraño a nuestra realidad y puramente académico.

Es obvio, sin embargo, que todo pragmatismo tiene que actuar sobre una realidad dada y con los elementos de ella, y en este caso la realidad establecida dentro de la cual opera el pragmatismo es el régimen capitalista y sus fuerzas son las fuerzas que dominan la sociedad y el poder. El pragmatismo no contiene ninguna decisión de ruptura y por lo mismo no hace sino expresar la voluntad de obtener del régimen existente la mayor utilidad o rendimiento que sea posible.

La vía de la eficiencia es la mejor fórmula que podía encontrarse para permanecer en la ambigüedad, para eludir una definición.

Se podría pensar que eludir una definición es un rechazo por igual al capitalismo y al socialismo, no embarcarse en ninguno de los dos. Pero no es así. Eludir una definición es de hecho quedarse donde ya estamos embarcados, en la realidad establecida, empírica. Y estamos dentro de la realidad capitalista, producimos y vivimos dentro de sus formas y estructuras, respiramos su atmósfera y sus valores, recibimos su publicidad. El pragmatismo no puede hacer otra cosa que actuar dentro de tal realidad, no tiene cómo llegar más lejos porque no concibe siquiera algo que vaya más allá. Pretender que ésta ya no es la sociedad capitalista, que la discusión sobre el capitalismo es un problema "teórico" alejado de los hechos, o que vivimos en una economía mixta o en un humanismo económico, o como alguien ha dicho en un

"socialismo de estado", revela o bien un propósito deliberado de mixtificar, de engatusar, o bien un sospechoso embellecimiento o metamorfosis del capitalismo que delata una voluntad muy débil de ruptura o revolución en su contra, cuando nó la ausencia total de ella puesto que ya ni siquiera se le reconoce como una realidad.

Otra expresión de la ideología de centro es aquella del "camino propio"

Se emiten juicios rotundos en contra del capitalismo y de la necesidad de sustituirlo. Se propone la empresa comunitaria y la participación de los trabajadores. Pero este camino tiene que ser muy propio, muy exclusivo. Nada con los marxistas. La fórmula es: "Ni capitalismo liberal, ni colectivismo marxista".

Pero en la práctica este camino propio no logra romper el cuadro del capitalismo y queda reducido simplemente a una variante dentro del sistema. Por supuesto que la empresa comunitaria y la participación de los trabajadores quedan sólo en el papel, como buenas intenciones, o como verdades teóricas a futuro. Mientras tanto se sigue pisando firme en terreno capitalista, lo que no obsta a que se le prodiguen las consabidas críticas que vienen a aliviar, como suspiros, las conciencias no del todo satisfechas o a veces angustiadas, como se dice, de estos anti capitalistas y anti colectivistas. Pero todo sigue igual o casi igual.

Ellos siempre son muy cuidadosos en evitar el contagio del marxismo lo que, en nuestra realidad, significa la imposibilidad de reunir a todo el pueblo, de acumular y movilizar sus fuerzas de un modo suficiente como para vencer las resistencias que se oponen al cambio de la sociedad. El resultado es que el camino propio sólo queda en las palabras. En la realidad sigue imperando el capitalismo. De las dos rupturas —contra el capitalismo liberal y el colectivismo marxista—, sólo se verifica la última. Tras la apariencia equidistante de la fórmula, es el rechazo de una estructura que no existe en nuestra realidad —la del colec-

tivismo marxista— la que queda negada y descartada. En tanto que el rechazo o ruptura del capitalismo que es la estructura existente, nunca llega a verificarse en la práctica. Por una u otra razón se pospone, se dilata o se diluye.

Nunca llega el momento de pasar de las palabras a los hechos y el capitalismo sigue reinando.

Otra posición evasiva y ambigua que conduce a la alianza con la derecha es la teoría de la "alternativa".

En virtud de ella se pretende definir a la DC como "alternativa del marxismo", como si esta fuera su tarea fundamental.

La DC se ha propuesto la sustitución del capitalismo y mientras ese propósito no se cumpla, cualquier tentativa por convertirla en alternativa de otro sistema que persigue el mismo objetivo resulta, por lo menos sospechosa.

¿Cómo se puede colocar en Chile a la DC como alternativa de la izquierda marxista cuando justamente aquellas iniciativas fundamentales de Gobierno, aquellas que contenían reales elementos de cambio como la Reforma Agraria y Reforma al derecho de propiedad, fueron posibles justamente gracias al apoyo de la izquierda?

Desde hace un tiempo —ensayando una estrategia que no signifique el choque frontal contra las aspiraciones populares— los norteamericanos andan por toda América Latina a la búsqueda de "alternativas" del marxismo, del Castrismo o de cualquier movimiento que amenace su dominio imperialista. Así han logrado corromper a muchos líderes y movimientos que, a la postre, terminaron como simples peones de su estrategia.

Sería trágico que la DC reviviera la política del antagonismo con la izquierda que imperó en la elección presidencial de 1964. Esto es todo lo que la derecha necesita para volver al poder. En esa ocasión la DC fue la "alternativa del mar-

xismo". Detrás de ella se cobijó la derecha con tan claro sentido de sus propios intereses que, para 1970, ella ha logrado convertirse en la más seria alternativa.

Otra manifestación, por último, de la ideología de centro es el argumento de las etapas.

La revolución hay que hacerla con mucho cuidado, por etapas. Ahora estamos en la etapa de la reforma agraria. No importa que la reforma agraria, al ritmo que lleva, se demore 30 años en estar terminada. Es siempre una primera etapa y puede tomarse todo el tiempo que sea necesario. Después vendrán las otras etapas.

Nadie, por supuesto, está dispuesto a esperar etapas tan largas, ni los campesinos ni los patronos. Lo más probable es que unos se cansen de esperar y los otros, aprovechándose de la situación, recuperen su poder. Esto es lo que en verdad está ocurriendo como lo demuestran las elecciones generales de regidores, en 1967, y de parlamentarios, en marzo de este año. La DC se ha debilitado en tanto que la derecha ha resurgido con mucha fuerza.

El Alessandrismo se a pronta a retornar al poder. ¿Cual es la base de este retorno del poder político de la derecha.?

No cabe duda que esta base es el poder económico de los grandes capitalistas que no fue tocado por la revolución en libertad. Ese poder intacto es el espejo más fiel para ver cuál ha sido la verdadera naturaleza conciliadora de nuestra política. Debemos aprender de este hecho, por duro que sea. Debemos aprender que ir haciendo las cosas de a poco y como se puede a través de una gradual evolución, no tiene nada que ver con un proceso de cambios revolucionarios.

Tardíamente, en la campaña electoral última, el senador Renán Fuentealba como Presidente del PDC reconoció, en un discurso dirigido al país, que la derecha no había sido golpeada en su poder económico y que ese había sido un

grave error. Ese error fue el que se quiso evitar precisamente a través del conjunto de medidas que se propuso con el nombre de vía no capitalista de desarrollo. Algunos dijeron entonces que esta era una discusión "teórica", que no era lo que debía preocuparnos más. Pero ahora la amenaza de la derecha política que se alza precisamente porque conserva acrecentado ese poder que quisimos eliminar, no es por cierto un asunto teórico sino bien real.

Pero la verdad es que ninguna vía no capitalista podía ser aceptada por el Gobierno y los sectores centristas del Partido, puesto que nunca hubo en ellos la decisión política para romper con los intereses capitalistas. Más aún, todo el esquema de desarrollo del país ha estado basado en la expansión de esos intereses, en la expansión del capital privado interno y externo.

Desde el comienzo del actual Gobierno, aún en aquellos instantes en que las advertencias eran ahogadas por la euforia y el clamor de los éxitos electorales, llamamos la atención sobre las consecuencias que tendría esta falta de decisión para atacar a la derecha económica.

Ya en agosto de 1966, ante el 2º Congreso Nacional del PDC, decíamos: "Queremos ser francos: la base real de nuestro poder así como su justificación moral descansa en nuestra fidelidad a la tarea fundamental de hacer la revolución. Si no la hacemos nuestro poder se desmorona... Y en nuestros días este tipo de procesos sociales se decide con mucha rapidez, no con la lentitud de antes". ("Planteamiento Político" R. Gumucio, A. Jerez, J. Silva).

Y luego de las elecciones de regidores, en abril de 1967, señalábamos: "La revolución y el capitalismo son inconciliables desde el punto de vista de las fuerzas sociales que expresan ambos términos. Este es un dato elemental de la realidad. Si lejos de eliminar el poder económico concentrado en los grandes capitalistas internos y externos, éste se acrecienta y hasta empieza a pesar más allá de todo límite tolerable las reformas de fondo se frenarán o postergarán, con una u otra razón; no habrá desarrollo eco-

nómico y social significativo para el pueblo; el sector estatal de la economía seguirá al servicio de los intereses privados; el poder de la burguesía capitalista continuará siendo incontrarrestable, continuará siendo el verdadero poder; no habrá movilización del pueblo ni solidaridad social efectivas, sólo la habrá de fachada o en la publicidad; la ley suprema será siempre: cada cual para su propio egoísmo (individual, gremial, etc.) ni siquiera habrá una democracia estable y segura..." (J. Silva Solar "Documentación", Nº 5).

Todo esto fue advertido muchas veces pero sin resultado.

Pues bien, ha llegado la hora de resolver el problema de esta doble ideología mediante una definición neta, categórica.

A un lado los enemigos del capitalismo. Al otro lado, los partidarios del capitalismo en cualquiera de sus formas, los que concilian con él o lo condenan sólo en las palabras.

A un lado, los que tienen la decisión política, ahora y aquí, de ruptura con el capitalismo, de poner fin al poder de los grandes capitalistas, de avanzar por la vía no capitalista de desarrollo.

Al otro lado, los que por el motivo que sea, santo o no santo, no tienen esta decisión.

A un lado los que para terminar con el capitalismo trabajan denodadamente para unir al pueblo y entenderse en esta unidad con los marxistas.

Al otro, los que luchan por evitar este entendimiento y por tanto esta unidad, los que con tal de no entenderse con los marxistas prefieren que el capitalismo siga siendo el sistema social y económico del país con todo lo que ello significa.

II.—DESARROLLO DE ESTE CONFLICTO

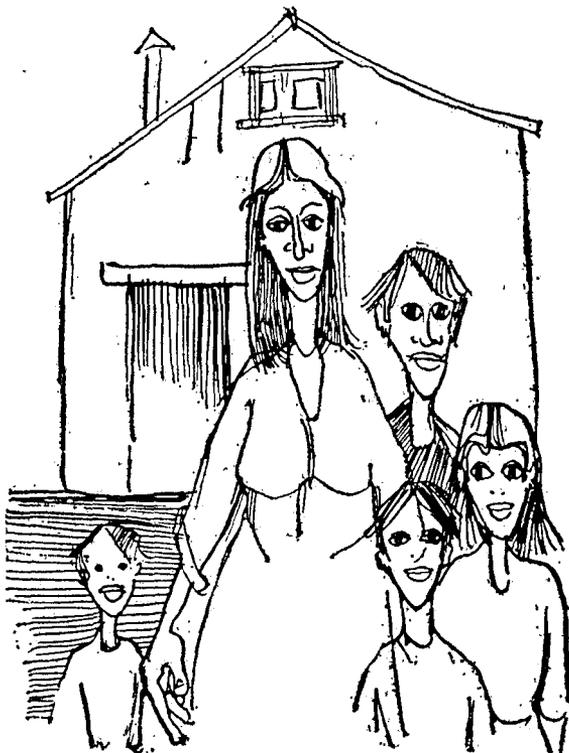
El PDC nace en nuestro país en el núcleo mismo de las clases más tradicionales —el Partido Conservador—, en la época en que las clases medias libran su lucha por arrancarle el poder a la oligarquía (Año 1920, Alessandri, oficialidad joven, Ibáñez, Aguirre Cerda, etc.).

Esta lucha llega a, ser también la de la clase media católica —expresada en los jóvenes falangistas—, contra la aristocracia conservadora.

Los jóvenes representaban el rechazo del poder oligárquico, la crítica del capitalismo —muy a mal traer por la crisis de los años 30—, los conceptos sociales de las encíclicas, los valores del orden jurídico de tipo burgués (garantía a la vez contra el poder arbitrario de los oligarcas y contra las arremetidas ocasionales de las masas populares), la no identificación del catolicismo con un partido político (conservador), la concepción pluralista del Estado, la posibilidad de ser católico sin tener que ser derechista, la condenación de los Papas al liberalismo económico, todo lo cual —y entonces era bastante, dado el poder contra el que se luchaba podía ser expresado en una ideología intermedia, centrista: ni derechas, ni izquierdas.

Pero el curso de los acontecimientos fue radicalizando rápidamente la ideología del Partido. Cuando el capitalismo no había logrado reponerse aún del todo de la gran crisis del año 30, se produjo otro hecho que llegaría a remecer también sus cimientos mismos: la segunda guerra mundial.

La forma en que esta guerra se desarrolló y el desenlace que tuvo, con la derrota de Hitler y del facismo, provocó



un gran avance de las fuerzas del pueblo que pareció llevar al fin del capitalismo en muchos países.

Pero ello en definitiva no ocurrió sino en una parte del mundo. En el mundo occidental el capitalismo logró recuperarse y a través de la guerra fría los pueblos retrocedieron. Los gobiernos de coalición —de cristianos y comunistas— que se habían constituido en la Europa occidental concluyeron desalojando a los comunistas (lo que también sucedió en Chile con el gobierno de G. G. V. de radi-

cales, comunistas y liberales), mientras en Checoslovaquia los comunistas desalojaban a la otra parte. El capitalismo empezaba a desplegar una nueva droga que habría de reanimarlo por un tiempo; la sociedad de consumo.

En esos años nuestro Partido se sintió conmovido por la fuerza de los acontecimientos que exaltaban de un modo especial su vocación latente por la causa popular y la justicia social. Todo el vago esquema acerca del "orden nuevo" y la sustitución del capitalismo se concretó entonces vinculándolo al movimiento obrero y a la lucha de los trabajadores de la cual había de salir esa nueva sociedad.

Se defendió el hecho de estar luchando junto a los comunistas en tal perspectiva

En la C. de Diputados fueron apoyadas las relaciones diplomáticas con Rusia que el Gobierno estableció entonces, e invocando a Maritain y Ducatillon ya no se dejaba, como antes, a los comunistas, más allá de los límites de la patria y de las grandes tareas nacionales sino que se redefinía una posición a su respecto, que excluyendo tanto la represión como la sumisión a ellos, les reconocía que habían adquirido al precio de la sangre vertida para la liberación común, el derecho de estar presente en la reconstrucción del mundo, como compañeros de combate, debiendo aceptarse francamente su cooperación y participación en la obra a realizar. Se sostuvo que el facismo, derrotado en la guerra, representaba la derrota de aquellos que querían detener el incontenible avance de las fuerzas proletarias y los cambios profundos que en el orden social, político y económico dicho avance llevaba consigo.

Se proclamó la decisión inquebrantable del Partido de estar junto a este sano progreso de la historia, de trabajar desde dentro de él como una fuerza activa. Entre el movimiento popular que chocaba contra las viejas estructuras del capitalismo y la conservación de estas estructuras estábamos junto al movi-

miento popular. Teníamos bando en el conflicto.

Se sostuvo que el ascenso de los trabajadores iba necesariamente a establecer una nueva estructura de la sociedad donde tendría que reconocerse el poder adquirido por las masas. El régimen capitalista era incompatible con tal poder.

Las fuerzas proletarias, deberían llegar a la dirección de la economía, luego a la propiedad misma de las empresas.

Todo ese estado de cosas que se veía venir y por el cual luchábamos, fue definido por el Presidente del Partido de entonces, Bernardo Leighton, como una "democracia proletaria".

Pero lo más importante fue que todas estas cosas no sólo se dijeron en discursos o se afirmaron en el elevado terreno de la teoría, como podría hacerlo un escritor o un conferencista, sino que fueron traducidos a la práctica política, por una presencia personal y un contacto directo de los dirigentes del Partido con el pueblo, donde éste estaba batallando, en los sindicatos, en las huelgas, en las calles, en los mítines, en los grandes conflictos.

Como una proyección directa de esta política, el año 1948 se planteó en el Partido el concepto de una estructura comunitaria de la economía donde los medios de producción pasaban a manos de los trabajadores, con lo cual se formulaba una estructura de reemplazo del capitalismo cosa que hasta el momento no se había hecho en el Partido, por lo que la continua crítica en contra del sistema establecido se resolvía sólo en una censura de sus excesos o abusos, o en inquietudes acerca de su superación que no se traducían en fórmulas sustitutivas, dando todo ello lugar a posiciones que no pasaban más allá de una ética o de un moralismo y a las medidas consiguientes para hacerlo más aceptable.

También se insistía en el papel histórico que le correspondía al proletariado en la transformación de la sociedad capitalista.

Posteriormente los conceptos comu-

nitarios pasaron a la Declaración de Principios del Partido. Ellos se han venido perfilando con el tiempo y hoy se habla de socialismo comunitario. No obstante, desde el primer instante quedaba en claro este carácter socialista al postular el traspaso al conjunto de los trabajadores de los bienes de capital.

Mas, el desarrollo de las fuerzas sociales que había dado lugar a esta profundización doctrinaria, pronto se detuvo en el mundo y en Chile.

Comenzó la época de la llamada guerra fría. Ella logró reprimir y paralizar este proceso.

A su vez dentro del Partido los impugnadores de estas posiciones habían pasado ya a la ofensiva. Se dijo que se estaba desfigurando el rostro puro, auténtico, del movimiento, y que era preciso recuperarlo para una política más independiente. Se dijo que de hecho nos habíamos convertido en un partido de izquierda, entregado a la izquierda, y contra ello se esgrimió la tesis clásica de la tercera posición: ni derechas ni izquierdas. Se criticaba la participación del Partido en la CTCH de entonces —antecesora de la CUT de hoy— y ya entonces se proponían otras formas más “puras” de acción sindical, como era dedicarse a formar sindicatos paralelos o libres y a modificar la legislación respectiva.

Por fin un Congreso del Partido decidió cancelar la política seguida. Poco tiempo después el entredicho con la Jerarquía Eclesiástica, a raíz de nuestra votación contraria a la Ley de Defensa de la Democracia, confirmaría la decisión tomada por el Congreso. También la Iglesia estaba envuelta en la guerra fría.

El capitalismo junto con recuperarse y avanzar por el camino de la sociedad de consumo y el desarrollo tecnológico, planteó ante el Tercer Mundo la problemática del subdesarrollo. Toda la cuestión consistía en llegar a ser una sociedad capitalista desarrollada, tal era la meta que resolvía todos los problemas. Se trataba de llegar a los niveles de los gran-

des países industriales.

El modelo para los países subdesarrollados pasó a ser la sociedad capitalista desarrollada de Estados Unidos y Europa occidental.

El auge del capitalismo hizo que todos aceptaran realmente este modelo, con lo cual nuestra ideología dominante volvió a las posiciones de centro, a las posiciones que permanecen en el interior del sistema.

La CEPAL y la tecnocracia enfocaron todo desde el punto de vista del subdesarrollo, problema que en verdad había comenzado a “preocupar” seriamente después de la expansión del mundo socialista y de la Revolución China, en la segunda post-guerra.

Respecto a América Latina tal preocupación aumenta luego de la Revolución Cubana. Se advierte que el mundo subdesarrollado es el sector más vulnerable del capitalismo como sistema mundial y como poder mundial. Es un sector que se escapa. La descolonización política del Africa y del Asia, ocurrida también en la segunda post-guerra, acentúa esta preocupación.

Surgen las teorías desarrollistas. Rostow, Alianza para el Progreso, etc. Se concibe el desarrollo impulsado y orientado desde el exterior, pasando a ser un objetivo de la política norteamericana “crear estados independientes, modernos y en desarrollo”. La clave del asunto está en ayudar a esos países subdesarrollados a vencer las dificultades iniciales y alcanzar el nivel de “desarrollo autosustentado”. Después todo viene por si mismo y se alcanza la ansiada estabilidad social. Ya no hay ningún peligro de revolución. La Carta de Punta del Este era la guía de esta política para salir del subdesarrollo y tomar un seguro frente a la Revolución.

Las fuerzas conservadoras del sistema en el continente y en el mundo habían tomado conciencia de que este no era un “orden natural”, que se imponía por sí mismo, sino que era un orden que

había que defender activamente frente a los enemigos que le brotaban en su propio seno, venidos del pueblo mismo.

Ya no cabía una actitud tradicional, confiada, pasiva.

¿Y la defensa de éste orden capitalista e imperialista qué requería?

Requería la aplicación sucesiva de toda una serie de amarras políticas, económicas, diplomáticas, militares, pero también de amarras “buenas”, “protectoras”, de “ayudas”, de “reformas”, cuya expresión mayor ha sido en A. Latina la llamada Alianza para el Progreso.

La reforma agraria, la reforma educacional, la reforma tributaria, los planes de vivienda y salubridad, todo eso está programado en la Carta de Punta del Este y la Alianza para el Progreso, no por cierto para liquidar el régimen capitalista y las inversiones norteamericanas sino para salvarlos, no para hacer la revolución sino para evitarla, no para suprimir el régimen en que “unos ponen el capital y otros el trabajo” e instaurar la sociedad en que los trabajadores son los dueños del capital y la riqueza, sino para mantener ese régimen e impedir que se instaure ese tipo de sociedad. Prueba de ello es que los factores más dinámicos de este esfuerzo concertado son la empresa privada, nacional y extranjera, y el flujo de dólares con que se les activa desde las grandes metrópolis a través del Estado. Las reformas sociales están destinadas a “integrar” a las masas en el sistema.

Hay que recordar que más allá de las intenciones del Presidente Kennedy el tipo de política hacia América Latina contenida en la A. para el P. tuvo en otros hombres más ligados a los negocios del petróleo y a las inversiones, como Nelson Rockefeller, por ejemplo, casi podríamos decir sus pioneros más conspicuos. Ya en 1940, preocupado tal vez por la nacionalización del petróleo que el Presidente Cárdenas había llevado a efecto en México, Rockefeller sostuvo la filosofía de fondo de la Alianza: “Si los Estados Unidos quieren mantener su seguridad y sus

posiciones políticas y económicas en el Hemisferio Occidental, deben adoptar inmediatamente medidas para asegurar el florecimiento de A. Latina”.

Dentro del conjunto de las fuerzas conservadoras del sistema, esta política constituía, con todo, una forma nueva, audaz, de enfrentar los problemas. Ella no podía ser dirigida por los grupos más tradicionales del capitalismo, incapaces de atraer al pueblo y la clase media y con una mentalidad demasiado reaccionaria como para asumir la nueva política con fe y energía. La fuerza dirigente tiene que ser una burguesía más progresista, con cierto respaldo en la masa, con dinamismo, imaginación, etc. Eso en Chile resultó ser, luego de variadas alternativas políticas, la DC.

No decimos que este haya sido un proceso del que todos sus protagonistas estuvieran completamente conscientes. Aquí se trata de un análisis objetivo no de los motivos personales que cada cual tuvo presente en su acción.

El sello de esta política iba a quedar indeleble en la conducta ulterior del Gobierno.

Se trató de dividir a los trabajadores aislando al sector más crítico del sistema (los marxistas), mediante el paralelismo sindical.

En materia de política sindical se llegó incluso a proponer la supresión o anulación del derecho a huelga, atrocidad que el Partido rechazó, en la Junta de Peñaflor, ante el propio Presidente de la República.

Se trató de “integrar” a la sociedad capitalista a las masas marginales del campo y de la ciudad (Promoción Popular) cuya conciencia política aparecía como más ingenua o tradicional. Se trató de adormecer la conciencia crítica del Partido respecto del capitalismo, con el espejismo de las cifras económicas de los dos primeros años. La revolución se medía por las cifras. Era un proceso cuantitativo. Había una sugerencia bien clara tras todo el despliegue de las cifras: si el capitalismo podía producir tan buenos

resultados, ¿para qué cambiarlo? Los empresarios ya tenían una nueva mentalidad. No era posible, por otra parte, estatizar más cosas, eso iba contra nuestra doctrina.

Se dijo que, había que construir primero el "poder social" y después cambiar la estructura económica del capitalismo.

Lo cierto es que por una causa u otra lo que antes no admitía más que el rechazo, admitía ahora un cierto acomodo, una postergación, una tregua, un reconocimiento de sus valores, sus medios, sus posibilidades. Se trabajaba y se planeaba el desarrollo apoyándose en los mecanismos, las empresas y poderes del capitalismo.

Es inevitable que un Gobierno cuya función principal llega ser la administración y no el reemplazo del sistema establecido, tienda a derechizarse.

Las masas presionan en favor de sus reivindicaciones estimuladas por sus necesidades reales, por los valores que difunde la "sociedad de consumo", y por el despertar social que las ideas y la acción de las propias fuerzas del Gobierno han provocado. El Gobierno debe someter estas presiones dentro de los límites de un orden económico que distribuye muy mal los pocos bienes que produce. Estos límites son tan miserables que obligan al Gobierno a negar un sueldo vital de 500 escudos mensuales para los empleados y un salario mínimo de 10 escudos diarios a los obreros.

El hecho de contener, frenar y entrar en pugna continua con el movimiento social, con gremios y sindicatos, con pobladores e incluso campesinos, la necesidad de mantener el orden público, y por otra parte, de dar garantías, incentivos, respaldos y franquicias a los sectores que dominan la economía, esto es a las fuerzas empresariales y a las compañías extranjeras que son las palancas en que se basa la producción económica, su desarrollo, la ocupación, el abastecimiento y las funciones normales de la sociedad, en las condiciones del capitalismo, todo ello conduce fatalmente a la dere-

chización del poder.

Ya en agosto de 1966, ante el Congreso del PDC en un planteamiento político entregado a sus miembros, escribía mos: "son tan fuertes y profundas las presiones de las masas, que para los gobiernos latinoamericanos durante los próximos diez años no habrá más que una alternativa: revolución o represión".

Se oscila entre el debilitamiento del principio de autoridad y la "mano dura".

Debilitar el principio de autoridad significa vivir en el temor permanente de caer en la anarquía y el caos y por lo mismo en la sustitución militar del poder. Y la "mano dura" significa vivir al borde de la masacre del obrero, del campesino del poblador. Estos son los márgenes penosos dentro de los cuales está forzado a moverse hoy en nuestro país un Gobierno que al no decidirse a romper con el capitalismo se convierte automáticamente en su administrador y su guardián, una de cuyas funciones principales es la represión del pueblo, el enfrentamiento político, psicológico, y policial de las masas.

Estas tendencias derechistas se han visto reforzadas por corrientes conservadoras y oportunistas, sin consistencia ideológica, que el PDC atrajo a sus filas en su período de crecimiento cuando su objetivo esencial, al que se sacrificó todo lo demás, fue ganar la fuerza electoral suficiente para hacer P. de la R. a su candidato.

Se manifiestan también en todo un estilo político de tipo burgués: las campañas electorales millonarias, el uso excesivo de dinero en la acción política, la vinculación progresiva al mundo de los negocios, las presiones manipuladoras desde el poder.

Se manifiestan, asimismo, en el carácter tradicional que ha conservado la Administración Pública y en la fisonomía empresarial-tecnocrática del Gobierno mismo. La verdad es que lo que se ha cambiado realmente es un equipo de empresarios por otro con distinta camiseta pero con iguales intereses fundamentales.

El capitalismo bajo la administración DC demostró que no es muy distinto que bajo la administración radical, ibañista o alesandrista.

La economía siguió con su curso y oscilaciones normales en materia de crecimiento: dos años buenos y dos años malos. Siempre, claro está, se hacen progresos. Los presidentes radicales los hicieron. Los hizo Ibáñez y Alessandri. El actual Gobierno, medido en relación a los anteriores, ha hecho progresos aún mayores.

Es cierto que el sector más tradicional de las fuerzas empresariales, expresadas políticamente en el P. Nacional y el alesandrismo, han chocado con el Go-

bierno. Le han reprochado la falta de una autoridad fuerte (ahora se lo reprochan menos), ciertas modalidades de la reforma agraria, el excesivo gasto público en algunas cosas y el insuficiente gasto público en otras (obras públicas y viviendas, donde el gasto fiscal se transforma en suculentos negocios privados).

Todo este debate se resume en lo siguiente: si es mejor una política de derecha, con hombres de derecha, o una política de centro, con hombres de centro, para manejar y preservar la sociedad capitalista de nuestros días. Ni siquiera los norteamericanos han llegado a una conclusión definitiva a este respecto. Tampoco puede descartarse la conveniencia de un turno o rotativa.

III-LA CRISIS ACTUAL DEL CON- FLICTO NO ADMITE EVASIVAS NI SOLUCIONES PARCIALES. NECES- SIDAD DE DEFINICIONES A FONDO

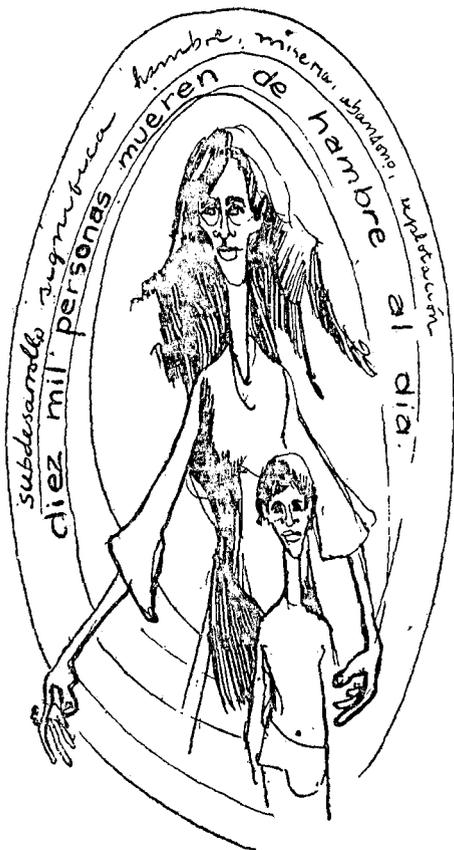
El curso de la historia en nuestros días corre contra el capitalismo porque es el curso del impresionante crecimiento de las fuerzas socializadas, de las fuerzas del pueblo.

Todo ello se refleja en el PDC que, lejos de ser adormecido por los medios oficiales, continuó avanzando sus posiciones.

En el Congreso Nacional del PDC, en 1966, se adopta la tesis de la vía no capitalista de desarrollo que expresa el rechazo a la concepción puesta en práctica de buscar el desarrollo dentro del capitalismo.

La elección de regidores de abril de 1967 empieza a curar al Partido de la ilusión de que sería gobierno durante 30 años. Se vuelve a un análisis más realista. Se formula la "Declaración de Las Vertientes" que es una apertura a la izquierda. Se designa la Comisión Político-Técnica a fin de que formule proposiciones concretas sobre una vía no capitalista para el período 1967-1970. Se elige la Directiva de Gumucio. El informe de la C. P. T. es aprobado, en principio, por el Partido pero rechazado de hecho por el Gobierno y luego por un sector del Partido. El conflicto se decide en favor del Gobierno y se elige una nueva Directiva en el Partido. Es el último episodio importante de la tensión entre las dos ideologías. Queda la impresión que dicha tensión empieza a entrar en una crisis definitiva. Ella pudo evitarse a no mediar la cerrada oposición del Presidente Frei, quien expresó públicamente su profundo rechazo a toda posibilidad de rectificación, en el acto de promulgación de la Ley de Reforma Agraria al exclamar: ¡No me doblarán la mano! Era una notificación de que el deseo de cambio del partido, se estrellaría contra el amor propio presidencial.

De cualquier modo la crisis de que hablamos se debe en el fondo a que estamos en presencia de un nuevo ascenso de las



fuerzas sociales, del movimiento popular, cuya magnitud y alcance, no podemos medir, pero que genera un vasto descontento ante la incapacidad del gobierno para hacer cambios reales.

Algunos signos de este fenómeno son los siguientes:

a) En Chile, debido en buena parte a la acción del propio Gobierno, se han desatado e incrementado las fuerzas sociales y la lucha unitaria de estas fuerzas: campesinos, estudiantes, obreros, pobladores y mujeres. Los campesinos se organizan en sindicatos o comité, plantean sus reivindicaciones, la reforma agraria aparece como una conquista irrenunciable. Los estudiantes se movilizan por la ampliación del sistema educativo y por su reforma. Crece el movimiento sindical y la unidad entre los obreros. Importantes sectores de empleados se proletarianizan y luchan como tales. Se desarrollan movimientos masivos de pobladores y mujeres (Juntas de Vecinos y Centros de Madres). La tendencia de estos movimientos no es a "integrarse" al sistema que por otra parte es incapaz de integrarlos de un modo que no sea publicitario o ficticio, sino que es conflictiva con el sistema.

Algunos, incluso partiendo del análisis de la marginalidad deducen que la única integración factible es a una sociedad no capitalista que está por hacerse.

b) Hay importantes tendencias en el mundo que se radicalizan y que ejercen influencia sobre las conciencias. Por ejemplo, la Revolución cultural china; la línea que proyecta la Revolución cubana o castrismo en América Latina; el movimiento negro en los EE. UU. y el desplazamiento a la izquierda de la juventud; la rebelión de las juventudes en todo el mundo; la radicalización de sectores cristianos incluso del clero, etc.

c) Los pueblos no pueden ya ser aplastados como antes. Estados Unidos no ha podido derrotar a Vietnam; tampoco pudo derrotar a Corea; tampoco a Cuba. La Unión Soviética no logró derribar del todo al Gobierno checo.

d) La sociedad de consumo empieza

a mostrar sus grietas: crisis de mayo-68, en Francia. En general, los síntomas de disolución de la sociedad burguesa y del hombre formado por ella brotan por todas partes, y alcanzan aún a sus esferas más sólidas y tradicionales. Los valores de esta sociedad ya no inspiran al hombre, han perdido su fuerza. Cada vez tiene que recurrir más a la coacción y a la violencia de los privilegiados.

e) El capitalismo se ha demostrado absolutamente impotente para solucionar los problemas del subdesarrollo. Los intentos para hacer más equitativo el comercio internacional han fracasado una y otra vez.

La Alianza para el Progreso se estima un fracaso por sus propios partidarios como el diario "El Mercurio" que se muestra decepcionado por sus pobres resultados y porque ha contribuido a despertar expectativas que en la práctica no se pueden satisfacer.

Los propios norteamericanos han descubierto los peligros de este tipo de política para la estabilidad social y para la estabilidad del poder de las fuerzas más seguras para sus intereses.

El resultado concreto de estos años es que el subdesarrollo aumenta a grandes zancadas puesto que es cada vez mayor la distancia entre los países desarrollados y los subdesarrollados. No puede ser de otro modo si se tiene en cuenta que mientras en los primeros el ingreso por persona aumenta en cerca de 60 dólares anuales en promedio, en los segundos no pasa de 10.

Lo cierto es que el capitalismo, la burguesía, no sólo no tienen hoy día una respuesta efectiva para el problema del subdesarrollo, sino que ni siquiera tienen una receta ya que todas sus recetas (tipo Alianza para el Progreso) han fallado.

El propio Presidente Nixon acaba de reconocer este fracaso. Frente al crecimiento de las fuerzas de los pueblos y a la imposibilidad del capitalismo para resolver los problemas que este crecimiento plantea, sintiéndose amenazadas por la

subversión y la propagación de ésta, no les queda otro recurso, en la práctica, a qué echar mano, que la represión armada en todas sus formas; policial en algunos casos; a través de golpes y regímenes militares en otros; mediante la intervención directa del imperialismo, en los casos más graves. El punto máximo de la represión contra un pueblo, que se ejerce por la violencia bélica más desenfrenada y criminal, al margen de todo derecho, es en la actualidad la que sufre el pueblo de Vietnam a manos del poder yanqui.

En suma, crecen las fuerzas de los pueblos, las fuerzas sociales, las fuerzas de los trabajadores, las fuerzas de la juventud.

Todas ellas se encuentran en una nueva e importante fase de su ascenso. Como es natural crecen y se extienden también sus valores e ideologías, que son los valores e ideologías, de la nueva sociedad y de la lucha por construirla; valores e ideologías del cambio social. En 30 años más, en América Latina, los 250 millones de habitantes se convertirán en 600 millones.

Las fuerzas sociales en ascenso llegan a un punto en que el conflicto con el sistema que las oprime brota por todas partes. La crisis tiende a precipitarse ante la impotencia de las fuerzas que manejan el poder para resolver los problemas más elementales: hambre, miseria, enfermedades, vivienda, desocupación, analfabetismo, etc., los cuales se vuelven más agudos y masivos.

La voluntad de cambio se refuerza y generaliza haciéndose más y más perentoria. **Surge de los continentes subdesarrollados la idea de una vía no capitalista que ponga fin al poder del capitalismo y del imperialismo en sus economías, forjando la unión y movilización de todos los trabajadores en la creación de un nuevo sistema.** El choque entre las fuerzas que están por los cambios verdaderos, que están animadas por una decisión de ruptura ahora mismo con la estructura capitalista, y las fuerzas que en

la práctica, en mayor o menor grado se resistan a ello, se traduce en el interior del PDC llevando a su mayor polarización la tensión o conflicto ideológico que se ha desenvuelto en su seno y que hemos procurado descubrir en sus principales aspectos.

El polo de la izquierda DC, en la actualidad, puede definirse a partir de los puntos que siguen:

1) Sostiene que la sociedad sin clases es la meta histórica que puede aunar para un largo período de luchas, la acción conjunta de marxistas, cristianos y revolucionarios en general. En efecto, la sociedad comunitaria, concebida por la DC como su objetivo supremo, es una sociedad de trabajadores, una sociedad sin clases. El objetivo del marxismo es también la sociedad sin clases.

2) Sostiene que la vía de desarrollo no capitalista es el camino que puede unir a todo el pueblo, a vastos sectores excluidos del poder capitalista, en el proceso que conduce de la sociedad capitalista a la sociedad socialista o comunitaria. Sostiene que los problemas del subdesarrollo sólo podrán superarse por esa vía. Sostiene que esa vía constituye un período de transición necesario para salir del capitalismo y entrar en el comunitarismo.

3) Sostiene que en torno a un programa basado en la tesis del punto 2 es factible construir la unidad social y política del pueblo. Esta unidad sería doctrinariamente plural (cristianos, marxistas, laicos, independientes, etc.), socialmente homogénea (basada en las clases trabajadoras de la ciudad y el campo nucleando a todos los sectores que no formen parte del poder capitalista), y no hegemónica en lo partidista, con un programa concreto que todos aprueban y que es el elemento unificador del frente común.

Este proceso de unidad popular es mucho más que una alianza de directivas políticas, o una nueva alianza electoral. El motor de esta unidad del pue-

blo proviene de las fuerzas sociales y de la lucha de estas fuerzas. Es ahí donde se gesta y adquiere su forma y contenido, en la movilización y en la lucha de los obreros, los campesinos, la clase media trabajadora, los estudiantes. En la lucha han de conectarse las reivindicaciones inmediatas con las globales y generales relativas al cambio de la sociedad y a la construcción del poder popular. La garantía de la existencia de este poder y del carácter revolucionario de su política está en la movilización combatiente, masiva, arrolladora de las fuerzas sociales.

4) Sostiene que sólo la unidad de todo el pueblo puede forjar el poder capaz de vencer las resistencias que se oponen a la revolución y movilizar las energías sociales necesarias para un desarrollo social y económico planificado, en un contexto de solidaridad y participación, que integre a los hombres a una sociedad más justa donde se resuelvan los conflictos de la sociedad capitalista y los problemas de subdesarrollo.

5) Sostiene que el Estado en manos de las fuerzas populares unidas dejará de ser el instrumento del poder burgués y pasará a ser instrumento del poder de los trabajadores, pero al mismo tiempo será un Estado democrático y pluralista (en lo ideológico, político, cultural y religioso), con autoridades emanadas del sufragio ciudadano libre y secreto, y sujeto a un régimen jurídico e institucional.

6) Sostiene que el Partido ha de asumir su papel de fuerza revolucionaria. Su interés teórico principal ha de volcarse hacia la metodología que le permita comprender los mecanismos del cambio social en la historia y en la sociedad capitalista, las fuerzas sociales que actúan, las contradicciones que se generan y los dinamos que la ponen en tensión y pueden producir la ruptura del sistema; el análisis del fenómeno revolucionario, sus formas, sus etapas, sus obstáculos. El Partido ha de poner su énfasis principal en las estrategias y tácticas que configuran la acción política revolucionaria

y en los instrumentos y medios para llevarla a cabo.

7) Sostiene que el cristianismo, en cuanto inspirador del movimiento, no es un sistema de ideas o valores establecidos, sino una conciencia crítica en el plano teórico y una energía revolucionaria en el plano de la acción. En efecto, el cristiano es el que cree realmente en la fraternidad humana y lucha por ella. De ahí nace el respeto por la persona, su dignidad, su libertad. No todos creen en que esta fraternidad puede realizarse. No todos los que dicen creer actúan como si creyeran. En la práctica siguen creyendo sólo en el viejo dios del hombre viejo (Mammon). Eso es lo que entienden por "realismo". Creen que la vida social e individual no puede organizarse sino en base al incentivo egoísta, a los estímulos propios del individualismo.

El cristiano es el que cree que el hombre y el mundo pueden transformarse, el que cree en una nueva clase de hombre, en una nueva conciencia solidaria, en una vida donde el hombre sea compañero del hombre y cree que son los pobres de la tierra, los que tienen hambre, los oprimidos, los explotados, quienes están llamados a esta fe y a esta voluntad tenaz que de ella brota.

Tener fe es creer en estas cosas y empeñarse, ahora y aquí, por hacerlas realidad.

Más que una filosofía el cristianismo es una fe que impulsa en esta dirección y cuyos contenidos concretos sólo pueden tomarse de las condiciones de cada época. La realización suprema de esta fe es lo que se llama Dios.

IV-EL POR QUE DE LA VIA NO CAPITALISTA

Todos recordamos que el PDC, poco antes de la elección del Presidente Frei, dijo que la revolución chilena debía ser democrática, anti oligárquica y anti imperialista. Por su parte, la Junta Nacional del PDC en una declaración señalaba:

“Reiterar la convicción manifestada en múltiples ocasiones precedentes, de que el fracaso del actual Gobierno (se refería al de Alessandri) no es sino la prueba de la incapacidad total de los principios y métodos del sistema capitalista para resolver los problemas del país, satisfacer las necesidades y aspiraciones de las grandes masas y realizar los cambios sociales que la justicia exige” (P. y E. N° 276 de Nov. 1962).

Esta convicción manifestada en múltiples ocasiones precedentes, como se decía, en orden a la incapacidad total del capitalismo, del sistema capitalista, para: a) Resolver los problemas del país; b) Satisfacer las necesidades y aspiraciones de las grandes masas; y c) Realizar los cambios sociales que la justicia exige, es una convicción que para nosotros se refuerza mucho más aún después de la experiencia del actual Gobierno del Presidente Frei.

Contrariando esa convicción expresada por la Junta Nacional del PDC este Gobierno le dio una nueva chance al sistema capitalista, creyó que sin necesidad de alterar profundamente sus bases, antes bien, apoyándose en ellas, podría alcanzar las metas que se trazó en materia de desarrollo económico y social.

Los hechos han demostrado, sin embargo, una vez más, que esas metas no pueden alcanzarse si el capitalismo sigue siendo el sistema de la sociedad. Los hechos han dado la razón al concepto expresado por esa Junta Nacional del PDC, y han demostrado que fue un error muy grave, el más grave de todos los que se pudieron cometer, el no haber actuado



conforme a ese concepto, a esa convicción tantas veces manifestada por el Partido.

En verdad los principales objetivos que este Gobierno se propuso, a saber, acelerar notablemente el ritmo de crecimiento de la economía chilena, disminuir la dependencia externa del país, terminar con la inflación, hacer una profunda redistribución de ingresos, construir 360.000 viviendas, establecer una participación efectiva de los trabajadores, entregar tierra a cien mil campesinos a través de la reforma agraria, etc. o no se han logrado en absoluto o sólo se han logrado dentro de un margen muy limitado, tal vez con la única excepción del programa educacional.

Si la enorme capacidad de este Gobierno, que ha contado con técnicas tan brillantes y con la conducción política de un estadista de la talla del Presidente Frei, ha logrado tan magros resultados, quiere decir que el problema está más allá de la buena voluntad, la eficiencia, la honestidad, de los gobernantes, e incluso más allá del respaldo electoral que en un momento dado obtienen. Una vez más se ha confirmado que dentro del capitalismo no hay solución para Chile del problema del subdesarrollo, de la solidaridad de los habitantes del país, de la disciplina social, y del respaldo popular compacto, organizado y militante.

El hecho es que desde hace 30 años todos los Gobiernos han visto duramente frustrados sus propósitos de dar solución a los más graves problemas del pueblo y del país. ¿Será que los Gobiernos, los políticos, se olvidan de sus programas, que una vez elegidos no se interesan en cumplirlos? No es eso. Cualquier gobierno, cualquier partido, tiene por interés principal cumplir su programa, dar solución a los problemas. ¿Qué ocurre entonces? Es lo que trataremos de mostrar en las líneas que siguen.

Una de las mayores dificultades para solucionar los problemas del pueblo es la falta de recursos. La respuesta más frecuente es: Muy justo lo que piden,

pero no hay fondos, no hay medios.

Esto quiere decir que el país no produce la cantidad de bienes y servicios suficientes para atender sus necesidades. Pero ¿quiénes son los principales responsables de esta producción insuficiente? ¿Serán los trabajadores?

Lo único que tienen los trabajadores para aportar a la producción es su trabajo. Y lo aportan bajo estricto control. El que está sin trabajar, el cesante, lo único que quiere es trabajar. Los trabajadores, pues, hacen su parte. Pero la responsabilidad principal de la producción no la tienen los trabajadores sino los grandes capitalistas. Ellos son los que gobiernan y deciden en materia de producción ya que ellos son los dueños de los medios de producción, es decir, los dueños del dinero, del crédito, de las fábricas, las tierras, las riquezas naturales —como el cobre, el salitre, el hierro, el carbón, etc.— y del capital acumulado.

Se dice que los bienes están mal distribuidos.

Unos pocos reciben mucho y muchos reciben muy poco. Esto es verdad. Pero ¿de quién es la responsabilidad? Los trabajadores luchan como pueden, incluso haciendo huelgas, para recibir más, para mejorar sus salarios. A menudo la policía los trata mal en tales casos.

De cada cien escudos que produce el país cerca de cuarenta se los llevan los grandes capitalistas que, con sus familias, sólo representan el cinco por ciento de la población del país. O sea, de cada cien personas que hay en el país, cinco (que pertenecen al sector de los grandes capitalistas) reciben 40 escudos y las 95 personas restantes reciben 60 escudos.

Esta es una pésima distribución de lo que se produce en el país. Esta es responsabilidad de los grandes capitalistas y de quienes respaldan el sistema, puesto que tienen en sus manos los medios para distribuir la riqueza y que la distribuyen en forma gravemente injusta y

abusiva, favoreciéndose ellos mismos y perjudicando al pueblo.

Esta injusta distribución de lo que la economía produce, contribuye también a que las necesidades del pueblo no encuentren solución.

Se dice que lo principal para solucionar los problemas es aumentar la producción y que ésta no aumenta porque hay muy poco ahorro e inversión.

Esto es cierto. Pero ¿quiénes son los responsables de que haya poco ahorro e inversión? ¿Podrá ahorrar e invertir el pueblo, el trabajador, que apenas gana lo suficiente para vivir y mantener su familia?

La mayoría de los trabajadores no pueden ahorrar nada y los demás, con grandes sacrificios, pueden muy poco. Por otra parte, como los trabajadores no manejan la economía saben que sus ahorros, de un modo u otro, van a enriquecer a los grandes capitalistas que son los que la manejan, los que tienen el poder económico. A su vez, la propaganda capitalista, la publicidad comercial, trata de convencer al trabajador de que gaste todo su salario en adquirir productos en el mercado, productos que muchas veces no son indispensables, pero que los grandes capitalistas necesitan vender. Estos factores no estimulan, por cierto, el ahorro.

La clase rica, en cambio, sí que podría ahorrar mucho sin necesidad de quitarse el pan de la boca. Pero no lo hacen, porque gastan y despilfarran en consumos supérfluos, innecesarios y artificiales. Ellos quieren vivir y consumir igual que los ricos de los países ricos y eso es una carga enorme para nuestra economía. Muchos economistas serios — incluso extranjeros — han calculado lo importante que sería para la mayor inversión que el país necesita, que esta gente moderara sus consumos.

Pero eso es imposible. El motor de la economía, capitalista es el lucro del capital. ¿Y para qué quieren lucrar los grandes capitalistas? Principalmente pa-

ra llevar una vida de grandes consumos y ostentación. Toda disciplina verdadera en el consumo de estos sectores, atentaría pues contra el motor mismo de esta economía —el lucro—, resistiendo su dinamismo. Sería peor el remedio que la enfermedad. Para que haya realmente una disciplina en materia de consumo es necesario suprimir el capitalismo.

Se dice que para tener éxito en una política de desarrollo económico, para salir del subdesarrollo, es necesario realizar un gran esfuerzo nacional que movilice a todo el pueblo y en que participe toda la gente. Se habla de una disciplina colectiva y hasta de un entusiasmo popular masivo que serían indispensables para acometer esta tarea. También se dice que todo este esfuerzo debe ser planificado, que sin planificación económica y social no se alcanzarán resultados.

Todo esto es verdad. Pero ¿cómo se puede lograr la movilización del pueblo, su participación, su disciplina, su entusiasmo? ¿Podrá lograrlo el capitalismo? La experiencia demuestra que el capitalismo no puede lograrlo ya que el capitalismo es un sistema que explota al pueblo, a los trabajadores, en beneficio del gran capital, o sea, de los grandes capitalistas, y todo esfuerzo del pueblo va a ser capitalizado principalmente por los grandes capitalistas.

Lo único que pueden hacer los trabajadores es tratar de impedir que los exploten demasiado. Para eso organizan sindicatos y plantean sus pliegos de peticiones al capital. El único poder que les otorga el capitalismo es un poder de resistencia y reivindicación, no un poder para construir o participar.

Mientras los grandes capitalistas pudieron someter a los trabajadores no hubo mayores conflictos. Pero los trabajadores son una fuerza en crecimiento y ya no es tan fácil someterlos. Por eso los conflictos son ahora mucho mayores.

Sólo una economía que esté al servicio de los intereses de la gran masa del país, puede producir esa movilización, esa participación, esa disciplina y ese en-

tusiasmo popular. Para que la economía esté al servicio de los intereses de la gran masa del país hay que quitarle el poder económico a los grandes capitalistas y traspasar este poder a esa gran masa a través de sus organizaciones. Para ello es necesario también que el Estado esté en manos de los trabajadores y no de los grandes empresarios. El Estado puede tener un significado muy distinto según en manos de quien esté. Antes el Estado estaba en manos de la nobleza, de los reyes. Era la Monarquía. Después vino la República que era el Estado en manos de la burguesía capitalista. No era lo mismo uno y otro Estado, aunque en ambos casos el pueblo estaba excluido. Pero el Estado en manos de los trabajadores tiene un carácter esencialmente diferente.

El carácter del Estado depende del carácter del sistema social y económico y de las fuerzas dominantes en tal sistema. Mientras el Estado esté en manos del poder burgués, la economía estatal o pública estará al servicio de los intereses burgueses y ligada a sus negocios, y el obrero que trabaje para una empresa estatal estará igualmente explotado y marginado que el que trabaja en una empresa privada.

El poder de los grandes capitalistas se opone también a la planificación. En la economía capitalista los bienes fundamentales y por lo tanto las decisiones económicas fundamentales están en manos de los grandes capitalistas. A ellos no les interesa la planificación en su sentido cabal ya que ellos no producen lo que es necesario desde el punto de vista de un desarrollo económico y social científicamente concebido, conforme a los intereses de toda la comunidad, sino que producen aquello que rinde más utilidades o ganancias al capital. Esa es su ley suprema: el lucro. Esto significa que la capacidad productiva del país no está al servicio de las necesidades reales del desarrollo ni de las necesidades reales de la población, sino al servicio de lo que produce más ganancias a los grandes capitalistas. El país puede necesitar, por

ejemplo, que su capacidad de producción se oriente a producir energía eléctrica, escuelas, alimentos, antes que producir automóviles, televisores, coca cola, o servicios especulativos.

Pero si a los capitalistas les rinde más producir automóviles, televisores, coca cola, etc., producirán estas cosas sin tener en cuenta lo que la comunidad necesita con mayor urgencia y prioridad.

En resumen, el gobierno de la economía por los grandes capitalistas no sólo genera un régimen de injusticia y explotación que el pueblo ya no tolera, sino que además es ineficaz desde el punto de vista del desarrollo económico, de la lucha contra el subdesarrollo y de la creación de las condiciones políticas y sociales indispensables para alcanzar el desarrollo.

Hemos visto que el capitalismo:

—No produce la cantidad de bienes y servicios suficientes para atender las aspiraciones mínimas del pueblo;

—No distribuye con justicia y eficiencia los bienes que produce;

—No genera los ahorros e inversiones indispensables para aumentar la producción y crear fuentes de trabajo.

—No logra la solidaridad social ni la movilización de la comunidad y de sus energías colectivas;

—No acepta la participación efectiva de los trabajadores;

—Rechaza la planificación del desarrollo social y económico y que se ponga la capacidad productiva de la economía al servicio de tal desarrollo;

—Separa al gobierno del pueblo, interponiendo su poder entre ambos y haciendo de aquel su órgano principal de seguridad frente al propio pueblo.

Por eso decimos: el poder del capitalismo es un obstáculo que debe ser removido y no hay otra forma de hacerlo que expropiando la base económica en que este poder se asienta.

Sin embargo, se dice que el capitalismo ha tenido mucho éxito, que ha producido un gran desarrollo económico en Estados Unidos y en Europa donde la gente vive mucho mejor que aquí.

Esto es verdad. El capitalismo ha traído progresos importantes. La productividad del trabajo humano ha aumentado de un modo extraordinario. Lo que un hombre puede producir hoy en un día de trabajo con los medios modernos de producción es muchísimo más de lo que podía producir antes con sus modestas herramientas. El capitalismo ha impulsado el gran progreso científico y técnico de los últimos cien o cincuenta años. Ha elevado las condiciones de vida de una parte de los hombres. Podríamos seguir enumerando las cosas buenas del capitalismo, pero basta con lo dicho para formarse una idea.

Pero ¿cuál es el problema?

El problema es que el capitalismo se desarrolló a lo largo de estos últimos 150 años, sólo en determinadas regiones del Occidente, o sea en EE. UU. u Europa y en uno u otro país más. El resto del mundo permaneció en el atraso y la pobreza. Es lo que llamamos el mundo subdesarrollado (Asia, Africa, América Latina). Los países en que el capitalismo se desarrollaba, pronto se convirtieron en países imperialistas, o sea, en países que a través de sus capitales explotaron sin misericordia el sector subdesarrollado del mundo. El capital imperialista domina de mil maneras sobre los países subdesarrollados y sus economías. Esta dominación a través de los diferentes efectos que produce ha impedido el desarrollo de los países subdesarrollados.

La explotación de los países subdesarrollados ha contribuido de un modo importante al desarrollo y bienestar de los países desarrollados.

A) Dominando y explotando en su favor las principales riquezas naturales y las industrias más dinámicas de los países subdesarrollados. En Chile por ejemplo el cobre, el salitre, el hierro, el comercio exterior, los teléfonos, la petroquímica, la automotriz, la celulosa y otros rubros;

B) A través del comercio, por el progresivo deterioro del valor de nuestros productos. Esto significa que cada vez nos cuestan más caras las cosas que debemos traer del extranjero. Con una tonelada de nuestras materias primas podemos comprar hoy en el exterior menos de lo que comprábamos antes;

C) Por el progresivo endeudamiento con el exterior, el alto costo del servicio de esta deuda y las abusivas obligaciones comerciales con que los créditos se otorgan.

El resultado de este proceso es que ahonda la desigualdad entre el mundo capitalista desarrollado y el mundo capitalista subdesarrollado. De este modo, si el capitalismo es una vía de desarrollo para el primero, es, en cambio, una vía de subdesarrollo para el segundo. El capitalismo para nuestros países significa que cada año somos más subdesarrollados, más pobres, cada año estamos a mayor distancia de los países desarrollados.

Se ha hecho el siguiente cálculo en el supuesto de que las cosas sigan su ritmo actual; en 30 años más el mundo subdesarrollado tendrá el 80% de la población mundial y su ingreso promedio por persona será de 342 dólares. Entretanto el 20% de la población mundial que estará en el mundo desarrollado tendrán un ingreso promedio de 6.500 dólares.

La brecha será, pues, bastante mayor de lo que es hoy.

La desigualdad entre los seres humanos habrá llegado a extremos que jamás se conocieron en el pasado.

Otro estudio publicado por un alto funcionario del BID, señala lo siguiente:

Antes de la revolución industrial, los países desarrollados o ricos tenían un ingreso por persona de unos 200 dólares al año (Europa Occidental) en tanto que los países más atrasados o pobres tenían un ingreso de 50 dólares por habitante al año. La diferencia era, pues, de cuatro a uno. En 1968, EE. UU. tiene un ingreso de 3.500 dólares anuales por persona mientras que los países más subdesarrollados o pobres siguen en los 50 dólares por persona. La diferencia ha aumentado de setenta a uno. Se calcula que para el año 2.000 los países más ricos o desarrollados tendrán un ingreso que fluctuará entre los 4.000 a los 20.000 dólares por persona, mientras los más pobres o subdesarrollados seguirán en 50, con lo que la diferencia habrá aumentado en 400 a 1.

Por su parte DESAL expresa: "Con un ingreso de unos mil dólares per cápita, en promedio, los países de Europa Occidental han estado creciendo a razón de un 4% neto anual. Esto significa que, al cabo de una década, sus habitantes dispondrán de 1.500 dólares al año. Por su lado, los países latinoamericanos, que actualmente tienen un ingreso medio de 300 dólares per cápita, si se cumplen las metas de la Carta de Punta del Este alcanzarán a los 390 dólares para 1970. Esto significa que la diferencia de 700 dólares que actualmente los separa de los países europeos se habrá ensanchado a 1.100 dólares para 1970 y seguirá aumentando con rapidez creciente..."

Todo esto demuestra que si nos atenemos a la experiencia histórica las perspectivas capitalistas para el mundo subdesarrollado son negras y hasta inconcebibles. Sería condenar al 80% de la humanidad al hambre, a la miseria, a la frustración total. Pensemos sólo en algunos datos del problema:

En América Latina muere un millón de niños al año al primer año de vida. En Chile, 30 mil. Cien de cada mil que nacen. En América Latina faltan 19 mi-

llones de viviendas según el BID. Piénsese en el desempleo, el analfabetismo. El 60% de los latinoamericanos tienen un ingreso de sólo 60 dólares anuales. El 50% de los niños latinoamericanos mueren antes de los 15 años debido a la subalimentación (Dr. Fernando Monckeborg).

Lo expuesto revela que el capitalismo puede aún admitirse como solución sólo para una minoría de la humanidad, no más del 20%. Y eso al alto precio de la explotación del resto y de los propios trabajadores de los países desarrollados.

Es imposible, por otra parte, reproducir hoy en los países, subdesarrollados las condiciones en que hace 150 o 200 años se produjo el desarrollo capitalista de las actuales potencias industriales.

Porque entonces el capitalismo era una fuerza nueva, en ascenso, hoy está en retirada. Ya no es solución al proceso social de nuestra época ni a los problemas que plantea.

Con su explotación del hombre, con su poder burgués, con sus conflictos de clases, con su individualismo exacerbado, con su descomposición como sociedad, con sus grandes desigualdades, con la guerra y el imperialismo que le son inseparables, no es ya un camino para el tipo de progreso que los pueblos buscan.

Porque, como vemos, el capitalismo desarrollado toma cada vez más distancia económica del capitalismo subdesarrollado siendo ilusorio pensar que éste pueda darle alcance y ni siquiera disminuir esa distancia.

Porque las condiciones de explotación colonial, y explotación obrera que fueron la base del desarrollo o "despegue" capitalista, son imposibles de reproducir hoy en el mundo subdesarrollado, así como es imposible reproducir el tipo de clase empresarial, que tuvieron esos países (sobre los cuales no existía un poder imperialista).

Porque no es posible reproducir la baja tasa de aumento de la población que

tuvieron los países industriales al desarrollarse. Hace 150 ó 200 años la población crecía muy poco en esos países entre 0,6 por ciento y 0,8 por ciento. En América Latina, en cambio la actual es de 3,2 por ciento.

Porque el capitalismo nunca alcanzó tan altas tasas de inversión como las que requieren hoy los países subdesarrollados.

Los excedentes potenciales en los países subdesarrollados son absorbidos por el aumento de la población, por el despilfarro de las clases altas y por las cuantiosas remesas al exterior. En 1964 Chile remesaba al exterior, por concepto de utilidades, intereses y amortizaciones, un millón de dólares diarios. En 1968 remesó un millón trescientos cincuenta mil dólares diarios. ¿El salario de cuántos chilenos significa esta suma?

Porque dentro del contexto capitalista se produce la "fuga de capitales" y la "fuga de cerebros" (personal técnico). Entre 1949 y 1963 un total de 85 mil ingenieros, científicos y médicos, emigraron desde todo el mundo a los Estados Unidos, cifra que ya en 1966 había sobrepasado los cien mil. El ahorro para EE. UU. en el costo de formación de estos profesionales se estima en cuatro mil millones de dólares.

He aquí otra forma de regalo que la economía más poderosa del mundo recibe de las economías más pobres.

Lo expuesto nos lleva a una conclusión: Las fuerzas del Estado capitalista, dentro del contexto de la sociedad que han creado, son impotentes, incapaces, para liberar a los países del subdesarrollo.

¿Cuáles son las fuerzas capaces de realizar esta tarea?

Las fuerzas trabajadoras, las fuerzas de todo el pueblo, la movilización de toda la comunidad. ¿Qué se opone a la liberación de estas fuerzas, a que ellas emprendan esta tarea? Se oponen el poder

y la propiedad capitalista que constituyen la estructura de nuestra sociedad. Ellos bloquean el acceso de los trabajadores al poder efectivo y al manejo de la economía. Los grandes capitalistas ya no son una fuerza emprendedora. Son una fuerza parasitaria usufructuaria de toda suerte de regalías estatales, de garantías políticas, de privilegios tributarios, así como de la ganancia ilícita y hasta del fraude. La nueva fuerza emprendedora de la economía, en torno a la cual debe construirse el nuevo sistema económico y social, es la fuerza colectiva de los trabajadores.

¿Qué es lo primero que hay que hacer entonces para crear las condiciones del desarrollo? Sustituir el poder y la propiedad de los capitalistas por el poder y propiedad de los trabajadores.

Tal es la vía no capitalista que conduce a la nueva sociedad, a la sociedad de trabajadores.

¿Por qué ha surgido en los últimos años la idea de una vía no capitalista de desarrollo? Ha surgido porque la inmensa mayoría de la población de los países subdesarrollados empieza a darse cuenta que las fórmulas "reformistas" y "desarrollistas" del capitalismo no son más que buenas intenciones o mascaradas. La concepción de una vía no capitalista se empieza a plantear en los diversos continentes subdesarrollados, en países del Asia, Africa y América Latina.

Al adoptar la vía no capitalista empiezan a forjarse las estructuras y valores propios de una sociedad de trabajadores, de una sociedad comunitaria o socialista. ¿Cuáles son éstos?

—El control de los trabajadores conjuntamente con el Estado (ahora en manos no del poder burgués, sino del poder popular) sobre los principales medios de producción.

Así como la Reforma Agraria sustituye el poder de los latifundistas por el poder de los campesinos, la vía no capitalista sustituye el poder de los grandes capitalistas, de los grandes propietarios, de los banqueros, de la oligarquía empre-

sarial y del capitalismo imperialista, por el poder de los trabajadores que, conjuntamente con el Estado, toma el control de los medios económicos del país y de sus recursos naturales.

¿Es efectivo que la vía no capitalista es una amenaza para todos los empresarios, para todos los comerciantes, para todos los industriales?

No, no es efectivo. En Chile hay 600 mil empresarios. De ellos, sólo cinco o seis mil concentran en sus manos el poder del capitalismo, del monopolio, del gran capital extranjero.

La vía no capitalista quiere eliminar ese poder pero no quiere eliminar a todos los empresarios, mucho menos a los pequeños y medianos empresarios —es decir, la inmensa mayoría de los empresarios de país—, que aprovecharán del nuevo dinamismo de la economía y del crédito y la ayuda estatal acaparados antes por los más poderosos.

—La planificación del desarrollo social y económico sobre la base de producir no lo que le conviene al lucro del capital (como sucede con la producción capitalista) sino lo que se requiere para satisfacer las necesidades del pueblo y del desarrollo racional y sano del país.

—Llevar adelante la Reforma Agraria en forma rápida, drástica, masiva, terminando con el latifundio y entregando la tierra a los campesinos en la forma de asentamiento o cooperativas.

—La eliminación del poder capitalista crea las bases para el desarrollo de una comunidad solidaria y de la participación activa de los trabajadores en la gestión económica y política, desatando así las energías sociales que el capitalismo no puede asimilar pero que han llegado a ser las más dinámicas y poderosas de que dispone la sociedad de hoy. Se establece la participación decisiva de los trabajadores en:

La planificación del desarrollo económico y social;

La Junta de remuneraciones y precios;

La dirección de las empresas (reforma de la empresa);

La Dirección de las Cajas de Previsión;

La Dirección de los organismos de la vivienda y urbanismo (Corvi, Corhabit, Cormu);

La dirección de los organismos de la Reforma Agraria, (Cora, Indap), etc., etc.

—La más alta tasa de crecimiento económico que se logra en las condiciones expuestas al hacer factible: el mayor rendimiento del trabajo; el mejor uso de los recursos económicos y humanos mediante la planificación; la distribución más justa y racional; la liberación de las necesidades artificiales creadas por la "sociedad de consumo" y su aparato publicitario masificador; la disciplina del consumo, en especial de las clases ricas, a fin de acrecentar el excedente destinado a inversión.

—El fin de la primacía del capital sobre el trabajo y de la servidumbre del trabajador. El gran capital pasa a ser propiedad de los trabajadores y de esta suerte el fruto del trabajo pasa también a manos de los trabajadores.

La movilización de la comunidad, la participación de los trabajadores, el entusiasmo popular, la construcción de una nueva sociedad, etc., son todos fenómenos que dependen de decisiones políticas y están situados en dicho nivel. Creemos que todo ello, en Chile, requiere de una decisión política fundamental: emprender una vía no capitalista de desarrollo. Sólo de este modo el poder del capitalismo puede ser sustituido por el poder popular, creándose las condiciones para la unidad, movilización, organización y participación de todo el pueblo, de las clases trabajadoras y de todos los sectores del país no comprometidos con el poder capitalista. Sólo sobre tales bases se podrán acometer las demás tareas del desarrollo, apoyadas en soluciones políticas y sociales estables y sólidas.

V-R E S U M E N

Lo dicho hasta aquí
puede ser resumido
los puntos que
siguen:

1.—Sustituir el capitalismo.— La DC tiene por finalidad esencial la sustitución del capitalismo por una sociedad de trabajadores. Concibe el proceso del cambio de la sociedad como un proceso rápido, drástico y masivo de desplazamiento del poder y de los bienes económicos fundamentales, de manos de la burguesía y del capital imperialista a manos de los trabajadores y del Estado popular.

Si la DC dejara de ser un instrumento del cambio revolucionario de la sociedad, perdería su razón de ser, se convertiría en una fuerza conservadora.

2.—Sin unidad popular no hay revolución.— La experiencia de estos años de gobierno ha enseñado al PDC que la ruptura del sistema establecido debe enfrentar resistencias muy poderosas y vastamente ramificadas dentro y fuera del país y además requiere desarrollar un gran esfuerzo colectivo de producción, disciplina social, y conciencia política. Ambos objetivos no se pueden alcanzar si el pueblo no está sólidamente unido y movilizado en torno a ellos.

La unidad popular es, por lo tanto, la condición básica de la transformación revolucionaria del país.

3.—El régimen capitalista es incapaz de liberar al país del subdesarrollo.— Sin esta unidad del pueblo toda tentativa de cambios sociales profundos por muy buenos propósitos que se tengan y cualquiera que sea el énfasis que se ponga en las palabras o en los escritos para condenar el capitalismo y proponer otra cosa en su reemplazo, está condenada al fracaso. Los problemas básicos del país y del pueblo seguirán pendientes, aún más graves que antes. El régimen capitalista en nuestro país ha tenido toda clase de administradores, todas las fracciones de la burguesía se han turnado en el poder en los últimos 30 años. Ha habido de todos los colores y para todos los gustos. Cada administración puede, naturalmente, exhibir progresos y avances de distintos órdenes pero todos sabemos que el pueblo, que la mayoría abrumadora de los chilenos, siguen debatiéndose en el subdesarrollo, en la miseria, en la falta de solución a necesidades elementales.

4.—El capitalismo en Chile ha probado su impotencia.— Nada se saca con decir que lo que el pueblo quiere son cosas concretas, por ejemplo, viviendas, trabajo, medicina, moneda estable (que terminen las alzas), etc. y que no le interesan las fórmulas ideológicas complicadas. Claro que quiere esas cosas concretas, pero el drama del pueblo es que no las obtiene del régimen capitalista. Muchos gobernantes le han ofrecido al pueblo estas cosas concretas pero sin resultados. No porque esos gobernantes hayan tenido mala voluntad o hayan olvidado sus promesas sino porque la impotencia del régimen no les ha permitido cumplir. En tanto la población y las necesidades crecen, dicha impotencia se hace aún más manifiesta e insoportable. Las fórmulas ideológicas de reemplazo, que siempre serán “complicadas” para la burguesía, nacen precisamente de esta situación.

5.—El avance de los últimos años.— Durante el actual Gobierno se ha iniciado un importante proceso de reforma agraria que a través de la expropiación de un buen número de latifundios ha liberado de la explotación a miles de campesinos, lo que ha tenido la virtud de mostrar en la práctica, no sólo en teoría, lo que rinde para los trabajadores y para toda la comunidad, el trabajo liberado de la explotación. En dos o tres años de asentamiento los campesinos han logrado con su trabajo lo que no lograron en cien años de explotación. Aunque parcial y limitada esta experiencia es significativa y abre los ojos al pueblo.

En estos años han crecido las fuerzas del pueblo, han crecido las organizaciones de los obreros, los campesinos, los pobladores, los estudiantes, las mujeres, la clase media trabajadora. Ha crecido la conciencia del cambio social y duros golpes han recibido los valores propios de la ideología burguesa, por ejemplo el derecho de propiedad en su forma capitalista ha sido bajado del pedestal constitucional en que se encontraba.

6. —La derechización del Gobierno y el resurgimiento de la derecha tradicional.— Junto a lo anterior, sin embargo, las fuerzas que resisten los cambios de verdad, los grandes capitalistas, la oligarquía empresarial, los intereses foráneos y el latifundio, desarrollaron una ábil y tenaz presión para distanciar al Gobierno de los aspectos más progresistas de su programa, de infundirle desconfianza hacia el PDC o sectores de él, de hacerlo resistir sus proposiciones como aquellas que configuraban la vía no capitalista de desarrollo, de arrancarle convenios y garantías para la expansión del gran capital nacional y extranjero, de frenar la reforma agraria, la promoción del campesinado y toda nueva iniciativa de cambio, e incluso de embarcarlo en la llamada política de “mano dura” que lleva al choque con trabajadores, pobladores, campesinos, y aún a la represión sangrienta, pasando a ser los cuerpos militares y policiales el soporte principal del orden y del Gobierno.

Sin ánimo ni fuerzas para reemplazar el régimen económico establecido, se procura entonces sacarle troté, y para ello hay que dar garantías y más garantías a quienes manejan las inversiones y la economía o sea, a la burguesía y a las compañías imperialistas. Es natural que de esta suerte se vayan creando lazos, compromisos, intereses que amarran a los nuevos hombres de influencia con los representantes del poder económico, con los agentes del capital. No faltan grupos empresariales que sirven de puente de plata. Así se forma una espesa costra de poder que retrotrae todo el proceso a las posiciones típicamente burguesas.

De este modo se han fortalecido las fuerzas regresivas adquiriendo la envergadura suficiente como para dinamizar sus organismos patronales, acrecentar su agresividad política y alzarse ya como una alternativa de poder para las elecciones presidenciales próximas, sin perjuicio de amenazar con el golpismo cada vez que lo estiman necesario. Demás está decir que la base misma de este resurgimiento político de la Derecha está en su poder económico y social intocados, aún más, reforzados por la expansión capitalista que ha seguido su curso y por nuevos elementos que atrae a su lado.

7.—Los esfuerzos rectificadores de una parte del PDC.— El PDC, o al menos una parte significativa de él, tuvo siempre muy claro que estas fuerzas constituyen su principal enemigo y el peor obstáculo al avance del pueblo y del país. La significativa votación obtenida por aquellos que ya en la Junta Nacional de julio de 1965 exigían el cumplimiento del programa y la liquidación del poder económico de la derecha; algunos acuerdos del 2º Congreso Nacional del Partido, en 1966, y posteriormente la Declaración de Las Vertientes, el Informe de la Comisión Político-Técnica, y sobre todo, la elección de la Directiva que presidió el senador Gumucio y los esfuerzos realizados por ella para obtener la rectificación de la política del Gobierno así como diversas actuaciones en este sentido de otras Directivas, son manifestaciones claras de esta voluntad partidaria.

Pero ahora el objetivo de liquidar el capitalismo y restar a la derecha toda posibilidad de acceso al poder ha dejado de ser un problema que algunos estimaron “teórico” para pasar a ser un problema eminentemente práctico. Se trata no sólo de negar al capitalismo en abstracto sino de definir y poner en ejecución la estrategia capaz de derribar y sustituir las estructuras y el poder en que este sistema actualmente descansa.

8 .—La vía no capitalista representa los intereses del 95% de los chilenos y es el único camino en que todo el pueblo puede unirse.— Eso representa, a nuestro juicio, la tesis de la vía no capitalista de desarrollo. Este es el único camino que puede unir a todo el pueblo, a los obreros, los campesinos, la clase media trabajadora, los estudiantes, así como a importantes sectores excluidos del poder capitalista, por ejemplo, técnicos, profesionales, pequeños y medianos empresarios, etc. Sólo un reducido número de grandes capitalistas que debe ser expropiado tiene intereses contradictorios con esta vía. Ellos representan un ínfimo porcentaje de la población del país, no más del 5%. Pero el interés del 95% restante de los chilenos, el interés del verdadero desarrollo económico y social del país, se expresa en esta tesis.

Es increíble que el poder político, social y de información o medios publicitarios de este pequeño número, pueda todavía influir tan decididamente sobre los chilenos como para mantenerlos divididos, confundidos y desorientados acerca de sus verdaderos intereses y de lo que deben hacer para realizarlos. En casi todos los partidos políticos y en todos los centros de poder, así como en las instituciones que moldean la conciencia del país, operan las influencias de esta minoría capitalista y de los principios y valores que sustentan.

9.—Las condiciones están dadas para que nazca una nueva izquierda.— La DC debe emplearse a fondo para romper este cuadro enajenante de los intereses populares a través de un proceso de reordenamiento político, de decantación y quiebre de las formas tradicionales, del cual ha de salir una nueva unidad social y política del pueblo, una nueva izquierda.

He ahí la tarea para la cual han madurado condiciones ampliamente favorables. No desconocemos sus dificultades pero creemos que ellas pueden ser superadas si las enfrentamos con lucidez y tenacidad.

Creemos que la unidad popular se ha hecho factible. Creemos que pueden dejarse de lado los viejos sectarismos, los viejos mitos, las falsas barreras divisionistas. Las fuerzas que participan en la unidad popular deben eliminar o anular el lastre que les viene del pasado. Por nuestra parte debemos liberarnos de los mitos de la ideología centrista como el del "camino propio", la eterna equidistancia entre la Derecha y la Izquierda, el presentarse como alternativa frente al marxismo o comunismo, etc., todo lo cual en la práctica conduce a dividir al pueblo y a la alianza con el capitalismo o el neocapitalismo.

Concebimos esta unidad del pueblo como una fuerza plural en lo doctrinario, o sea con la participación de cristianos, marxistas, laicos, independientes, etc., socialmente homogénea, o sea basada en las clases trabajadoras de la ciudad y el campo nucleando a todos los sectores que no forman parte del poder capitalista, y no hegemónica en lo partidista, o sea, integrada por todos los partidos populares o de izquierda, sin exclusiones ni hegemonías sino unidos por un programa común, claro y preciso, sin lugar a ambigüedades. Una vez producida esta unidad del pueblo y establecido su programa ella se dará también un candidato presidencial para 1970.

10.—Lo que la unidad popular puede hacer en el país.— Sólo la unidad popular así concebida puede forjar el poder capaz de vencer los intereses que se oponen a la revolución, disuadir o enfrentar las tentativas golpistas y las intervenciones foráneas, liberar y movilizar las energías del trabajo social, eliminar el poder del capitalismo y del imperialismo sobre nuestro país expropiando la base económica en que este poder se asienta, afirmar nuestra nacionalidad y sus valores junto a la plena autoderterminación de Chile ante cualquier tipo de coacciones o interferencias externas vengan de donde vengan, terminar rápidamente con el latifundio a través de la reforma agraria, programar el desarrollo social y económico en un contexto de solidaridad y participación, y poner fin a la irracionalidad económica exacerbada por la “sociedad de consumo”, sus necesidades artificiales y su aparato de propaganda masificador.

Concebimos la toma del poder no como un “reparto” ni un asalto burocrático del Estado sino la transformación de éste, de Estado como instrumento del poder burgués a Estado como instrumento del poder de los trabajadores, Estado democrático y pluralista en lo ideológico, político, cultural y religioso, con autoridades emanadas del sufragio ciudadano libre y secreto, y sujeto a un régimen ju-

En el más alto nivel del Estado los trabajadores junto con los funcionarios técnicos y los dirigentes gubernativos planifican el desarrollo económico y social. El programa no es de reivindicaciones parciales sino de reivindicación total de una nueva economía y una nueva sociedad construida por los trabajadores y bajo la dirección de éstos.

¡Democratacristiano! ¡luchemos por organizar la fuerza que pueda hacer realidad nuestros ideales de siempre! ¡No dejes que la derecha retorne al poder en gloria y majestad! ¡Hay una sola forma de evitarlo: luchar por construir la fuerza del pueblo unido que es una fuerza invencible!

Concebimos la toma del poder no como un "reparto" ni un asalto burocrático del Estado sino la transformación de éste, de Estado como instrumento del poder burgués a Estado como instrumento del poder de los trabajadores, Estado democrático y pluralista en lo ideológico, político, cultural y religioso, con autoridades emanadas del sufragio ciudadano libre y secreto, y sujeto a un régimen jurídico e institucional.

En el más alto nivel del Estado los trabajadores junto con los funcionarios técnicos y los dirigentes gubernativos planifican el desarrollo económico y social. El programa no es de reivindicaciones parciales sino de reivindicación total de una nueva economía y una nueva sociedad construída por los trabajadores y bajo la dirección de éstos.